Newton Compton Editores

Título original: *Poison at the Village Show*

© 2022, por Catherine Coles
Edición original publicada por Boldwood Books Ltd. Edición española publicada según acuerdo con The Agency srl of Vicki Satlow.
© 2025, de la traducción por Begoña Prat Rojo
© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: julio de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11 3.º 1.ª Izq., Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10359-94-9
Código IBIC: FA
DL: B 3.068-2025

Diseño y composición de interiores:
David Pablo

Impreso en julio de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Catherine Coles

Un misterioso homicidio y muchos secretos

Traducción de Begoña Prat Rojo

Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

A mi hermano, a quien echo de menos todos los días, pero cuya pérdida me recuerda lo importante que es perseguir sin descanso tus sueños y no rendirte jamás.

Dramatis personae

Martha Miller – Protagonista
Ruby Andrews – Hermana de Marta
Luke Walker – El nuevo vicario
Alice Warren – Presidenta del Comité del Pueblo de Westleham
Charles Warren – Marido de Alice
Cyril Bottomley – Agente de Policía local
Ben Robertson – Inspector de Policía
Ernest Harrington – Dueño de la oficina de Correos, que es también el colmado del pueblo
Elsie Harrington – Esposa de Ernest
George Felton – Vecino del pueblo
Gertrude Felton – Esposa de George y ama de llaves de la vicaría
Ada Garrett – Cotilla del pueblo
Maud Burnett – Vecina de Marta, aficionada a difundir cotilleos
Joe Noble – Dueño del *pub* del pueblo, el Cricketer's Arms
Florence Noble – Hija de Joe
Margaret Leaming – Secretaria del Comité del Pueblo de Westleham
Doctor Briggs – Médico de familia
John Bennington – Granjero local
Stan Miller – Marido de Martha, desaparecido desde hace un año
Lizzie – Perra de Martha
Nancy Turner – Niñera de los Harrington

1

Westleham, Berkshire
Julio de 1947

–Me han dicho que el nuevo vicario es un bombón –le comenté a Lizzie, mi *setter* irlandesa, y me quedé pensativa–. Claro que las dos sabemos que, en este pueblo, cualquier hombre sin pelos en las orejas o la nariz es un buen partido.

La verdad es que lo atractivo que fuera un hombre no debería haber sido algo que me preocupara, teniendo en cuenta que estaba casada. Pero la cosa era que no sabía dónde se encontraba mi marido. Una mañana, hacía aproximadamente trescientos sesenta y cuatro días, diez horas y tres minutos, Stan se había marchado a trabajar a la ciudad y no había vuelto. Y no, no es que yo hubiera contado los minutos que había pasado sin él. No era el caso.

Hasta donde todos sabíamos, se había subido al tren que cogía a diario en la estación de nuestro pequeño pueblo para ir a Londres. Varios de los viajeros recordaban haberlo visto esperando en el andén. A partir de ese momento, se le perdió la pista.

Stan no se presentó en el trabajo y, desde entonces, nadie lo había visto. Si yo sabía con tanta precisión el tiempo que llevaba desaparecido no era porque me resultara difícil vivir sin él; había aprendido a hacerlo cuando se marchó al extranjero a luchar por la libertad de nuestro país. No, por triste que parezca, el principal motivo para saber cuánto hacía que Stan se había marchado estaba inextricablemente ligado a mi incapacidad para pagar las facturas de la casa.

El banco en el que trabajaba mi marido le pagó el sueldo hasta la semana en que desapareció. Después de eso, había tenido que enfrentarme sola a todo.

Con los codos apoyados en la mesa de la cocina y la barbilla en las palmas de la mano, me volví hacia Lizzie.

–Ojalá se me diera bien alguna cosa por la que pagaran dinero.

Había dicho, o cuanto menos pensado, esas mismas palabras cientos de veces a lo largo del último año. Por desgracia, era una de esas chicas que no se habían preparado para tener una carrera fuera del hogar porque no se consideraba necesario. Tras dejar la escuela, ayudé a mi madre con mis hermanos pequeños hasta que tuvieron edad de escolarizarse. Tenía la impresión de que, cuando dejé de resultarles útil en casa, mis padres me animaron encarecidamente a que encontrase marido.

No era tarea fácil. No porque no fuera una joven atractiva, sino porque había montones de chicas más guapas que yo. No tenía el pelo de un hermoso rojo reluciente ni de color miel, sino de un tono intermedio entre ambos. Si me apuraban, podía afirmar con cierto optimismo que era cobrizo. Seguramente, mi mejor rasgo eran los ojos, de un llamativo azul marino, junto con mis pestañas y cejas rubias. Y la nariz, aunque pequeña, era respingona.

Cuando encontré un muchacho con trabajo y un buen sueldo, pensé que me había tocado la lotería. Aunque no me enamoré perdidamente de él, era un buen marido, formal y que proveía para que viviéramos los dos sin estrecheces.

Apenas llevábamos dos años adaptándonos a la vida de casados cuando estalló la guerra en Europa. En aquel entonces, me alegré de no tener hijos de los que ocuparme una vez llamaron a filas a Stan. Ahora, deseaba que el motivo para quedarme en casa fueran mis hijos, y no mi falta de experiencia profesional.

–Nadie quiere contratar a una mujer cuya mejor aptitud son las tareas del hogar –informé a Lizzie con tristeza–. Ojalá me pareciera más a Ruby.

–Te aseguro que mi trabajo no te gustaría un pelo. –Ruby entró con paso cansado en la cocina y metió los pies, enfundados en calcetines, en las zapatillas que yo había dejado delante de la cocina AGA para que se calentaran–. Es tedioso, muy pero que

muy mal pagado, y estoy segura de que pasarme el día de pie no puede ser bueno para mi espalda.

–No te he oído entrar.

Me puse las manoplas y coloqué en el centro de la mesa, junto a un cuenco de ensalada variada, la quiche que había dejado sobre la cocina para que se enfriara.

–Igual si no hubieras estado hablando con la perra, me habrías oído.

Ruby señaló a Lizzie y le acarició la cabeza.

–Aquí no hay nadie más con quien hablar. –Abrí los brazos con las palmas de las manos hacia arriba–. Y, además, nunca me contesta.

–De verdad que no hace falta que me calientes las zapatillas, Martha. ¡Estamos en julio!

Ruby me dedicó una sonrisa antes de lavarse las manos.

Yo me encogí de hombros.

–Sé cuánto te duelen los pies después de pasarte el día plantada sobre ellos. Te caliento las zapatillas para que estés más cómoda.

Ruby se secó las manos y se sentó frente a mí. Lizzie se tumbó debajo de la mesa, a nuestros pies.

–Gracias. Mis pies estarán la mar de cómodos durante media hora, mientras como. Luego tengo que marcharme.

Reprimí un suspiro. Ruby no tenía la culpa de ser todo lo contrario que yo; es decir, inteligente, vivaracha e increíblemente guapa. Salía todos los viernes y sábados, aunque nunca me daba detalles de sus citas; como hermanas, no teníamos esa clase de relación.

Yo era la mayor de todos los hermanos y seguía abochornada por haber tenido que pedir a mi hermana pequeña que viviera conmigo para poder pagar los gastos de la casa. Cuando me casé con un hombre resuelto y responsable como Stan, no esperaba acabar teniendo que aceptar a una inquilina.

Varias semanas después de la desaparición de mi marido, el encargado del banco local me llamó y me citó en su oficina. Allí me explicó con diligencia que la cuenta de Stan estaba únicamente

a su nombre y yo no podía acceder a ella bajo ningún pretexto, ni siquiera para retirar fondos, aunque sí podía ingresar dinero para cubrir las facturas de la casa.

¿Ingresar dinero?

Se me encendieron las mejillas al recordar lo humillante que me había resultado explicar que no tenía dinero ni forma de ganarlo. Durante la guerra, había trabajado de granjera para la Women's Land Army, pero, como era de esperar, cuando los hombres regresaron, las mujeres ya no fueron necesarias para labrar la tierra.

Tras la marcha de Stan y una infructuosa búsqueda de empleo, la única opción que me quedó fue acoger un inquilino. Por suerte, tenía una hermana que aceptó al vuelo la posibilidad de abandonar la zona rural del centro del país para vivir más cerca de las deslumbrantes luces de Londres. Sabe Dios qué habría sido de mí si no llega a ser por Ruby.

–¿Has quedado? –pregunté, mientras cortaba un pedazo de quiche y lo dejaba en el plato de Ruby.

–Sí –contestó ella al tiempo que amontonaba lechuga, espinacas, remolacha, rábanos y tomates en su plato–. Me voy al cine.

–¿Con un chico?

Nos serví una taza de té a cada una y empujé el platillo de Ruby por encima de la mesa. Aunque por lo general nunca preguntaba nada, esa noche era más consciente de lo habitual de lo poco emocionante que era mi propia vida.

–Sí. –Nuestras miradas se cruzaron durante un instante y luego ella bajó de nuevo la vista hacia su plato–. Me he enterado de que el nuevo vicario es la mar de guapo.

–¿Cómo lo sabes?

Ruby agitó la mano en el aire.

–En el pueblo no se habla de otra cosa.

Cómo no. La última cosa emocionante que había pasado en Westleham era el síncope que le había dado al anterior vicario antes de poder acabar su sermón. El doctor Briggs, el médico

de nuestro pueblo, aseguró a la congregación que el vicario ya estaba muerto cuando cayó redondo sobre el inclemente suelo de piedra de la iglesia.

Pensándolo bien, «emocionante» no era el término adecuado. Me mordí el labio. Pobre reverendo Gibbs.

–Se me hará raro tener un vicario que no sea viejo –comenté–. Aunque, claro, al nuevo le faltará experiencia vital para sus sermones.

–Si me preguntas a mí, el reverendo Gibbs incluía demasiado de todo en sus sermones. Antes de darme cuenta de la gravedad de la situación, pensé que se había aburrido tanto a sí mismo que se había quedado dormido.

–¡Ruby! –la reñí, aunque no pude evitar que se me curvaran las comisuras de los labios en una sonrisa.

Ella se encogió de hombros.

–¿De qué es la quiche, Martha? Está deliciosa.

–Espinacas, cebollino y pimiento. Nada sofisticado.

No nos podíamos permitir sofisticaciones. Cualquier cosa que no pudiera cultivar en el huerto o sacar del alquiler que me pagaba Ruby no formaba parte de nuestro menú. Ese era uno de los beneficios derivados de la guerra: había aprendido a cultivar un sinfín de frutas y verduras. En el jardín trasero también teníamos gallinas. Si algún día Stan volvía a casa, se quedaría desolado al ver cómo mi afán hortícola había diezmado el terreno que tanto apreciaba.

–¿Sigue todo intacto en tu huerto?

Era una pregunta inocente, pero eso no impidió que me sintiera extremadamente culpable.

La feria del pueblo estaba programada para el día siguiente y yo era una de las pocas vecinas cuyo huerto seguía indemne. Alguien, cuya identidad todavía no se conocía, se dedicaba a entrar en los huertos del pueblo en plena noche para destruir las plantas.

–Sí. La gente me va a señalar con el dedo y va a decir que he echado a perder el concurso para ganar el premio.

En cierto sentido, deseaba que el desconocido acudiera también a mi huerto y destrozara algo para no llamar tanto la atención. Mi huerto incólume, lleno de todos los frutos que con tanto empeño había cultivado, anunciaba a los cuatro vientos que, hasta el momento, había conseguido librarme del asesino furtivo de verduras, y sin duda eso llevaba a todo el mundo a preguntarse si era yo la culpable.

–Tu huerto es el mejor, sin más. –Ruby alargó la mano y me dio unas palmaditas en la mía–. Nadie dedica tanto tiempo como tú a cuidar de sus frutas y verduras. Si ganas un premio, será de lo más merecido.

–Gracias –dije, y tragué saliva para deshacer el repentino nudo que se me había formado en la garganta.

Me concentré en atrapar los restos de lechuga con el tenedor mientras parpadeaba para contener las lágrimas. Si Ruby hubiera sabido lo disgustada que estaba con el tema del vandalismo de los huertos del pueblo, no habría salido ni me habría dejado sola en casa.

Yo nunca había sido especialmente sociable, ni siquiera cuando Stan y yo nos mudamos al pueblo. Había dedicado los primeros meses de nuestro matrimonio a crear un hogar que esperaba que hiciera feliz a mi marido. Durante la guerra, estaba demasiado ocupada para hacer amigos. Más adelante, cuando Stan desapareció, no me hizo muy feliz convertirme en protagonista de los cotilleos del pueblo. Al excavar la tierra de nuestro terreno para ampliar mi pequeño huerto, me quedé destrozada al enterarme de que una anciana especialmente desagradable, llamada Ada Garrett, había sugerido que lo más seguro era que hubiera enterrado a mi marido bajo las patatas.

Así pues, estaba convencida de que muchos de los vecinos creían que era yo quien se escabullía a hurtadillas de madrugada para sabotear la cosecha de los demás. Sin embargo, en primer lugar estaba demasiado agotada después de pasarme el día en el huerto, limpiar la cocina tras la cena y sacar a pasear a Lizzie como para

plantearme siquiera salir de mi casita en plena noche. En segundo lugar, y más importante aún, no le daba la menor importancia a ganar un premio.

No obstante, si el premio hubiera sido monetario, no habría dudado en arrancar alegremente los suculentos tomates de la señora Henderson o cortar en dos los galardonados calabacines del señor Peters.



Recogí los restos de nuestra comida y lavé los platos mientras Ruby se preparaba para su cita. La radio atronaba desde su cuarto con una canción moderna que no reconocí y que flotaba escaleras abajo.

Desde que Ruby se había convertido en mi inquilina, no era la primera vez que me sentía vieja y desconectada del mundo que se extendía más allá de Westleham. La última ocasión que había salido del pueblo había sido para llevar a Lizzie al veterinario, lo cual, por supuesto, era otro problema. Mi mejor amiga era una perra.

Aunque suponía tener siempre a alguien con quien hablar, de vez en cuando habría sido agradable recibir una respuesta que no fuera un hocico húmedo o un lametazo conciliador. Nunca había sido una persona sentimental, pero cada vez tenía más necesidad de contacto humano. A lo mejor, ahora que había empezado a solucionar las consecuencias económicas de la desaparición de Stan, sería más capaz de enfrentarme a los sentimientos que me había generado el incidente que había dado forma a mi vida.

Sacudí la cabeza para apartar esos pensamientos melancólicos, cogí la correa de Lizzie e introduje los pies en los zapatos que descansaban con tristeza junto al felpudo de la entrada. A pesar de lo reconfortante que pudiera resultar la idea de recibir un abrazo humano, Ruby y yo no formábamos parte de una familia muy

cariñosa. Mi compañera canina era mi única fuente de consuelo y, aun así, tenía mucha más suerte que gran parte de la gente tras los estragos de la guerra.

Salí y cerré la puerta. Aunque Ruby no hubiera estado en casa, habría hecho lo mismo. No vivíamos en el tipo de pueblo en el que hiciera falta echar la llave en la puerta de entrada. Stan, sin embargo, siempre había insistido en que protegiéramos nuestra casa. A mí no me había parecido raro dado que él trabajaba en Londres, donde, como me informó con gran seriedad, las personas recelaban más unas de otras.

Por lo general, tras cerrar la verja del jardín a mi espalda giraba a la izquierda. Prefería pasear por el linde de los campos del granjero Bennington, donde las posibilidades de encontrarme con otro ser humano eran nulas.

Esa noche, no obstante, me dirigí hacia el pueblo. Mi casa se encontraba en los límites de Westleham, apartada de la tranquila carretera rural que atravesaba el centro de la localidad. A cada lado de la verja había setos altos que nos proporcionaban un grado de intimidad que en realidad no necesitábamos. Debido a nuestra ubicación, la gente solo se alejaba tanto del pueblo carretera abajo si quería visitarnos, cosa que seguramente explicaba mi estado de ánimo melancólico: era muy poco habitual que alguien llamara a la puerta de Casa Tulipán.

Mi boca esbozó una media sonrisa. El tulipán era mi flor preferida, pero Stan detestaba que nuestro hogar tuviera una placa en la que se anunciaba su nombre. Sin embargo, varias semanas después del abandono de mi marido, llegué a un acuerdo con John Bennington, el granjero que era mi vecino más cercano en dirección este, y este me hizo un letrero que proclamaba el nombre de nuestro hogar. Le pagué con tartas de manzana.

Desde entonces, siempre que volvía a casa, recordaba el único acto de rebeldía de todo mi matrimonio. Qué pena que hubiera sentido que tenía que esperar a que mi marido no estuviera para atreverme a hacer algo que sabía que él no aprobaría.

En sentido opuesto, mi vecina más cercana era Maud Burnett, una mujer mayor a la que le gustaba enterarse de todos los cotilleos del pueblo. Lo que más placer le daba, sin embargo, era repetirlos. Era Maud quien me había informado de que Ada Garrett estaba compartiendo con los vecinos del pueblo su convicción de que la Policía no iba a encontrar a Stan en Londres... sino bajo mis patatas.

Si hubiera sentido deseos de asesinar a mi marido, que no era el caso, no habría sido tan tonta como para enterrarlo en mi propiedad. Entre las tierras de John Bennington y la carretera había zanjas profundas; si alguien hubiera arrojado allí un cuerpo y lo hubiera cubierto de hojas, lo más probable era que nadie lo encontrara.

Negué con la cabeza. Tal vez si Ada difundía esos infames rumores sobre mí era porque yo parecía culpable. Seguro que las amas de casa normales y corrientes no pensaban en la mejor forma de deshacerse del cadáver de su marido. En mi defensa, hay que decir que, hasta la noche en que, un año atrás, Stan no volvió casa, nunca se me había pasado por la cabeza la idea de acabar con él. Fue entonces cuando deseé haber sido lo bastante valiente como para hacerlo desaparecer con mis propias manos.

–¡Buenas tardes! –exclamó una grave voz masculina.

Aparté de mi mente cualquier pensamiento sobre Stan y asesinatos, y miré hacia el otro lado de la estrecha carretera. Un hombre de pelo moreno al que no conocía me saludó con una mano. Con la otra, sostenía un elegante sombrero de fieltro negro. Me pasé la lengua por los labios, que de pronto se me habían quedado secos, y recé para que los pantalones de un beis desvaído que llevaba no estuvieran muy sucios. Al menos me había acordado de quitarme el delantal.

Lo saludé a mi vez con la mano y no pude evitar atusarme el pelo. Ojalá me hubiera atrevido a teñirlo de un rubio más vivo y llamativo, como el de Ruby, aunque la ancha cinta roja para la cabeza, que había confeccionado con la manga de un jersey viejo, cubría gran parte de mi apagada cabellera.

Lizzie me golpeó la pierna con la cola mientras el desconocido cruzaba la calle a largas zancadas. Aquel hombre tenía que ser el nuevo vicario, y mi comentario a Lizzie de que por lo visto era «un bombón» no hacía justicia a su atractivo.

Tenía los ojos azules enmarcados por unas pestañas oscuras que se curvaban hacia arriba. ¿Por qué razón los ojos de los hombres siempre parecen mucho más bonitos que los de las mujeres? Era muy alto y tenía pecas espolvoreadas sobre la nariz y las mejillas. Me acordé de mi abuela, que las llamaba «besos de hadas». Reprimí mi inapropiado deseo de compartir aquella información con él y le tendí la mano.

–Martha Miller. Señora Miller. Encantada de conocerlo.

Deseé no haber dejado tan claro que estaba casada. Aunque, siendo realista, tratar de ocultar mi estado civil en aquel pueblo era una tarea inútil. Lo más seguro era que él ya supiera con exactitud quién era yo. A lo mejor incluso había tratado de visitarme para preguntarme por mi marido y saber si necesitaba que rezara por mi absolución. No me cabía duda de que, si el vicario había hablado ni que fuera un poco con Ada desde su llegada, ella se habría apresurado a ponerle al día de las últimas teorías.

Él sonrió, dejando al descubierto una hilera de dientes blancos y bien alineados. Sencillamente, aquel hombre era demasiado bueno para ser verdad.

–Señora Martha Miller –repitió–. Es un placer conocerla.

–Vivo allí. –Señalé hacia mi casita.

Sin embargo, lo más probable era que él ya supiera donde vivía porque hacía tan solo unos segundos que había cerrado la verja a mi espalda y había echado a andar por la carretera. Menuda boba estaba hecha. Le eché la culpa de mi estupidez al cansancio, y busqué un tema de conversación apropiado e interesante.

La cola de Lizzie se agitaba de un lado a otro; saltaba a la vista que estaba tan emocionada como yo de conocer a aquel atractivo recién llegado. Por suerte para ella, era una perra y no podía ponerse en

evidencia diciendo algo absurdo solo para darle conversación. El vicario dobló las rodillas y acarició con entusiasmo la cabeza de Lizzie con sus grandes y diestras manos.

–Es muy bonita –dijo.

–Sí.

Me pasé de nuevo la lengua por los labios. Ojalá me hubiera puesto cualquier cosa que no fuera aquella blusa de un amarillo apagado y los pantalones que habían sido de Stan. Aunque había cortado los centímetros sobrantes de las perneras y había cosido el nuevo dobladillo, poco podía hacer con la cintura. En aquel momento, los llevaba sujetos con un trozo de cordel. Estaba segura de que si hubiera llevado mi mejor vestido, así como tal vez un toque del pintalabios de Ruby, me habría sentido mucho más segura de mí misma y la conversación habría fluido con facilidad entre nosotros. Por desgracia, yo era solo yo.

–¿Así que es usted el nuevo vicario?

Como si el alzacuello blanco no lo dejara claro. Era más que boba. Era una imbécil balbuceante. No era de extrañar que Stan me hubiera abandonado.

–Luke Walker. –Sonrió de nuevo, y no fui capaz de discernir si se debía a que era simpático o si se estaba riendo de mi incompetencia social–. Y sí, soy el nuevo vicario.

–Y ¿dónde está la señora Walker? –pregunté, mirando por encima de su hombro como si su mujer pudiera estar escondida tras el seto de Arthur Peter, esperando a dar un salto y aparecer en cuanto preguntara por ella.

–Por desgracia, todavía no he encontrado a nadie que me aguante –contestó él con soltura.

Aunque me costaba creérmelo, me guardé muy mucho de compartir esa certeza con él. Bajé la vista hacia el suelo y me preparé para la inevitable pregunta. Ahora que le había preguntado por su mujer, lo más probable era que él me preguntara por mi marido. A menos, claro, que Ada ya se lo hubiera contado, como me temía.

–Lizzie –balbuceé.

Me sonrojé mientras él me miraba, desconcertado.

–Me ha parecido entender que se llama Martha.

–Sí. –Asentí con la cabeza y tragué saliva, muerta de vergüenza–. Esto..., sí, sí, yo me llamo Martha. Mi perra, a la que estaba usted admirando, se llama Lizzie.

La verja de mi jardín se cerró con un golpe y se oyeron unos zapatos taconeando por la acera a medida que Ruby se acercaba rápidamente hacia nosotros. El vestido que llevaba era del mismo tono de amarillo que los pimientos que yo había recogido aquella mañana. Llevaba los labios pintados de un rojo intenso, las piernas enfundadas en unas medias finas y los pies metidos en un par de zapatos negros con los que yo no habría podido dar ni dos pasos sin caer de bruces.

–Hola –saludó a Luke con serenidad–. Soy Ruby Andrews, la hermana menor de Martha.

Durante un breve instante, noté cómo me embargaba la ira. Ruby llevaba el pelo peinado de una manera impecable, un bonito vestido y unos zapatos femeninos. Yo no llevaba ninguna de las tres cosas. Ruby también acababa de anunciar que yo era la hermana mayor. Reprimí un suspiro. No tenía sentido enfadarse por algo que saltaba a la vista.

–Les dejo que hablen –me apresuré a decir–. Yo tengo que ir a pasear a Lizzie. Ha sido un placer conocerlo, vicario. Pásalo bien, Ruby.

Me alejé muy deprisa, antes de que les diera tiempo a contestar.

¿A santo de qué había pasado tanto tiempo deseando tener más contacto humano? En cuanto había conseguido lo que se suponía que quería, me había puesto en ridículo, incapaz de elaborar ni siquiera una simple frase.



–Sin duda, es muy atractivo –le dije a Lizzie cuando volvimos a casa después del paseo–. Pero es algo más que eso.

Puse agua a hervir en la placa de la cocina AGA; a continuación abrí mi infusor de té y lo llené con cuatro cucharaditas de flores de lavanda. Tras introducirlo en la tetera, me volví hacia Lizzie. Aunque supongo que a ella no le importaba, siempre me había parecido de mala educación darle la espalda mientras hablaba.

–Ha sido como si fuera incapaz de decir algo que sonara ni que fuera un poco inteligente –me lamenté–. Habrá pensado que soy tonta.

Lizzie ladeó la cabeza y me dedicó una maravillosa emulación de completa simpatía por mi situación.

–Me imagino que el domingo la iglesia estará llena. Es muy posible que este nuevo párroco sea capaz de camelarse incluso a las viejas cascarrabias. –Me mordí el labio–. Sé que es muy egoísta por mi parte, y que además no es asunto mío, pero espero que no se enamore de Ruby.

A Lizzie no pareció importarle que no fuera demasiado leal con mi hermana. Yo debería haber estado encantada de que un tipo agradable y decente como el vicario se interesara por Ruby.

En cuanto el agua hirvió, la vertí en la tetera. Mientras se hacía el té, me dirigí al vestíbulo y me miré en el espejo ovalado. Volví la cabeza a un lado y al otro, cosa que no alteró el reflejo ni me permitió ver nada nuevo.

–Tengo la nariz demasiado respingona –le comenté a Lizzie al entrar de nuevo en la cocina–. Mi pelo no tiene brillo y mi ropa es vieja y andrajosa. Por el amor de Dios, si llevo los pantalones viejos de Stan.

Negué con la cabeza, enfadada conmigo misma. Qué importaba la impresión que le hubiera causado al párroco. Me gustara o no, estaba casada. Hasta que Stan no volviera a casa, o la Policía encontrara su cuerpo, poco podía hacer para cambiarlo.

Tampoco valía la pena perder el tiempo compadeciéndome. Hacía mucho que había aceptado mi suerte en la vida. En su mayor parte, mi matrimonio había sido insatisfactorio y hasta me atrevería a decir que aburrido. Envidiaba a Ruby, que todavía tenía toda

la vida por delante, con opciones que yo no había tenido antes de la guerra. Las cosas estaban cambiando para las mujeres. El mundo exterior estaba cambiando; bueno, al menos para Ruby.

–Pero para nosotras todo sigue igual, ¿verdad, Lizzie? –Me arrodillé frente a mi leal compañera y apoyé la mejilla sobre un lado de su cabeza–. En Westleham, nunca cambia nada.

Aunque eso no era del todo cierto. En aquel momento, había alguien en el pueblo que salía por las noches a destrozar huertos. Me estremecí al imaginar que alguien hacía algo así con mi preciada cosecha. Yo no era como la mayoría de los vecinos, que cultivaba a modo de pasatiempo o para participar en un concurso. Ruby y yo dependíamos de esa comida.

–¡Está bien! –Me puse de pie y me serví una taza de té de lavanda–. Ya me he compadecido suficiente. Como diría mi madre: «No sirve de nada llorar por la leche derramada». Vamos a sentarnos en la sala.

Antes de acomodarme en mi sillón favorito, encendí la radio. Por lo general, los viernes por la noche emitían una obra de teatro seguida de un concierto. A veces me ponía a leer o a hacer punto, pero esa noche estaba demasiado malhumorada para dedicarme a algo que no fuera sentarme y beberme el té.

Albergaba la esperanza de levantarme al día siguiente sintiéndome otra vez yo misma. La feria del pueblo era el acontecimiento más señalado de nuestro calendario anual y, puesto que ahora era la vicepresidenta del comité, iba a estar muy ocupada.

Me animé al recordar que Ruby me había prometido prestarme uno de sus vestidos, y tomé la decisión de pensar menos en párrocos atractivos que estaban fuera de mi alcance y más en los aspectos positivos de mi vida.